

Antología de textos clásicos

Cupido y Psique

- Había en cierta ciudad un rey y una reina; tuvieron tres hijas y las tres llamaban la atención por su belleza. Por muy agradable que fuera el aspecto de las dos mayores, el lenguaje humano podía celebrar dignamente, al parecer, la gracia de su hermosura. Pero la perfección de la más joven era tan extraordinaria, tan maravillosa, que la voz humana no tenía palabras para expresarla ni ponderarla adecuadamente. Muchos ciudadanos y no pocos extranjeros, que acudían en masa atraídos por la fama de la excelsa maravilla, quedaban atónitos ante esta belleza sin par y, llevándose a la boca su mano derecha con el dedo índice colocado sobre el pulgar erecto, veneraban a la joven con devota adoración, como si fuera la diosa Venus en persona. [...]

Apuleyo, *El asno de oro* IV, 28. Ap

- Este exagerado traspaso de honores divinos a favor de una simple mortal inflamó de violenta cólera a la verdadera Venus, que, sin poder contener su indignación y moviendo la cabeza con profunda rabia, pensó así en su fuero interno: «Yo pues, la primitiva madre de la naturaleza, el origen y germen de los elementos, la Venus nutricia del universo, ¿he de verme reducida a compartir con una joven mortal los honores debidos a mi majestad? Y ¿ha de profanarse con la suciedad de la tierra mi nombre que está consagrado en el cielo? ¿Puedo tolerar que el culto de un nombre en común para las dos motive confusiones entre mis adoradores y los de una sustituta? ¿Ha de representarme entre los hombres una joven destinada a la muerte? [...] Pero esta criatura, como quiera que sea, no ha de continuar triunfando y usurpando mis honores: le haré lamentarse hasta de esa seductora hermosura».

Inmediatamente llama a su hijo, el niño alado y atrevidillo [...], ella lo incita además con sus palabras, lo acompaña a la mencionada ciudad y le presenta a Psique (tal era el nombre de la joven).

Apuleyo, *El asno de oro* IV, 29-30

Le explica cómo la rivalidad a que da lugar la hermosura de la joven es tema de todas las conversaciones; su indignación estalla en suspiros de rabia: «Te lo juro —exclama— por los lazos del cariño materno, por las dulces heridas de tus flechas, por el delicioso fuego de tu antorcha: venga a tu madre, que sea completa la venganza, y castiga sin compasión a esta terca hermosura; concéde-me tan solo una cosa, y con esta sola cosa me doy por enteramente satisfecha: haz que esta joven se enamore perdidamente del último de los hombres, un maldito de la Fortuna en su posición social, en su patrimonio y en su propia integridad personal; en una palabra: un ser abyecto que no pueda hallar en el mundo entero otro desgraciado comparable a él».

Entretanto, Psique, con todo el esplendor de la hermosura, no saca la menor ventaja de sus atractivos. Todos la contemplan, todos la ensalzan, pero nadie, ni rey, ni príncipe, ni siquiera algún plebeyo, se presenta con ganas de pedir su mano. [...] Hacía ya tiempo que las dos hermanas mayores que ella, sin que ningún pueblo celebrara su corriente hermosura, habían sido prometidas a pretendientes de sangre real y habían conseguido matrimonio. [...] El padre de la infeliz princesa está desesperado y sospecha que es víctima de la maldición divina. Por temor a la ira del cielo, consulta el antiquísimo oráculo del dios de Mileto; con oraciones y sacrificios pide a tan alta divinidad una boda, un

marido para la doncella sin pretendientes. Apolo, aunque griego jónico, como atención al autor de una composición de estilo milesio, formuló el siguiente oráculo en latín: «Sobre una roca de la alta montaña, instala, ¡oh Rey!, un tálamo fúnebre y en él a tu hija ataviada con ricas galas. No esperes un yerno de estirpe mortal, sino un monstruo cruel con la ferocidad de la víbora, un monstruo que tiene alas y vuela por el éter, que siembra desazón en todas partes, que lo destruye todo metódicamente a sangre y fuego, ante quien tiembla el mismo Júpiter, se acobardan atemorizadas las divinidades y retroceden horrorizados los ríos infernales y las tinieblas del Estigio».

Apuleyo, *El asno de oro* IV, 31-33

Entonces Psique, falta de valor físico y moral, pero sostenida por la voluntad cruel del destino, cobra fortaleza: va en busca de la lámpara y echa mano de la navaja: la debilidad de su sexo se convierte en audacia.

Pero al acercar la luz e iluminarse la retirada alcoba, Psique ve al más dulce y amable de los animales salvajes: era Cupido en persona, el dios de la hermosura, graciosamente recostado; ante su aparición hasta la lámpara avivó su alegre resplandor y la navaja se horrorizó de su filo sacrílego.

Psique, por su parte, se siente desfallecer ante la maravillosa aparición y, sin poder la emoción, lívida, descompuesta y temblorosa, se deja caer de rodillas y trata de esconder el arma, pero hundiéndola en su propio seno; ciertamente lo hubiera conseguido si el acero, horrorizado ante tamaño atentado, no se le hubiera escapado deslizándose entre sus manos temerarias. Agotada ya y sin esperanza de salvación al contemplar una y otra vez la hermosura de aquel divino rostro, vuelve a recobrar los sentidos. Admira su cabeza rubia, su noble cabellera perfumada de ambrosía, su cuello blanco como la nieve, sus mejillas púrpura, surcadas de rizos en gracioso desorden: unos le caían hacia adelante, otros hacia atrás, y su vivísimo resplandor hacía palidecer la llama de la misma lámpara; en las espaldas del dios volador se destacan sus alas blancas y resplandecientes como flores cubiertas de rocío; aunque están en reposo, el fino y delicado plumón que las ribetea se agita sin cesar en caprichoso revoloteo; el resto de su cuerpo era tan liso y brillante que no podía pesarle a Venus el haberlo traído al mundo. Al pie de su lecho estaban el arco, el carcaj y las flechas, armas propias de su divino poder.

Psique, sin poder saciar los deseos de su excesiva curiosidad, examina, maneja y admira las armas de su marido: saca una flecha del carcaj y se arriesga a probar su aguda punta apoyándola en el dedo pulgar; al temblarle el pulso y apretar más de la cuenta, se pincha y brotan a flor de piel unas gotitas de sangre sonrosada. Así, sin enterarse y por propio impulso, Psique se enamora de Amor. Arde en ella con creciente intensidad la pasión por el dios de las pasiones, y, dejándose caer sobre él locamente enamorada, lo cubre en un instante de irresistibles y palpitantes besos, aunque le contenía el temor de abreviar su sueño. Pero, mientras ella se embriaga de tanta felicidad, como la honda herida del corazón le hace perder el equilibrio, he aquí que la lámpara aquella —ya sea por perfidia, ya por celos criminales, ya por ganas de tocar ella también aquel hermoso cuerpo y besarlo a su manera— soltó de su mecha luminosa una gotita de aceite hirviendo sobre el hombro derecho del dios. ¡Oh lámpara audaz y temeraria, ruin servidora del amor! ¿Te atreves a quemar al dios de todo amor ardiente, cuando tú misma, como bien sabes,

eres el invento de algún enamorado que quería seguir disfrutando del objeto de su amor hasta altas horas de la noche? El dios, por efecto de la quemadura, se despertó sobresaltado y, al ver que su secreto había sido divulgado y profanado, sustrayéndose a los besos y abrazos de su infeliz esposa, sin decir palabra, levantó el vuelo.

Ahora bien, Psique, en el preciso instante en que él iniciaba su ascensión, se cogió con ambas manos a su pierna derecha; la desgraciada pretende acompañarlo en su carrera por los aires y, así colgada, quiere seguirlo entre las nubes hasta el fin del mundo; agotada por fin, se deja caer al suelo. Su divino amante no la abandona al verla postrada en tierra. Fue a posarse en un ciprés próximo y, desde la cima del árbol, le habló así con profunda emoción:

«Eres el colmo de la simpleza, Psique; yo, sin tener en cuenta las órdenes de mi madre Venus, en lugar de esclavizarte como ella quería con el amor del último y más desgraciado de los hombres, en lugar de ligarte con un indigno matrimonio, he preferido volar a tu lado y ser yo mismo tu amante. He obrado con ligereza, lo confieso; paso por famoso saetero, y me he alcanzado a mí mismo con mi propia flecha: te he convertido en mi esposa y ya ves el resultado: ¡me has tomado por un monstruo! Tu mano ha pretendido cortarme esta cabeza cuyos ojos te adoran. Creía que te había puesto suficientemente en guardia contra todo ello, que en todo ello te había aconsejado con cariño. Pero tus insignes asesoras me van a pagar en seguida el precio de sus perniciosas lecciones. En cuanto a ti, me daré por satisfecho con dejarte». Pronunciando la última palabra, agitó las alas y desapareció en el espacio.

Apuleyo, *El asno de oro* V, 23-24